

AGUSTIN DE HIPONA, EL AFRICANO

Por JOSE SAENZ Y DIAZ

La cuna y los primeros pasos

En Tagaste, aldea de Numidia (Africa), nació San Agustín el día 13 de noviembre del año 354. Su padre, llamado Patricio, era pagano y de condición bastante áspera, carácter que contrastaba con la dulzura de su mujer, Mónica, en cuya mansedumbre resplandecían todas las virtudes cristianas.

La madre inscribió al niño Agustín en el Libro de los Catecúmenos aspirantes al bautismo, que por aquel tiempo no se administraba a los recién nacidos y aún se difería por muchos años, ante la seguridad de que con las aguas católicas se perdonaban todas las culpas el día en que fuera ungido con ellas.

Se crió sano, ante la indiferencia del padre, mientras que la madre le inculcaba las verdades cristianas al niño con el mayor cuidado. Ya hemos dicho que su padre Patricio, era de violenta condición, descreído en materia religiosa, aunque no enemigo de que la gente practicara libremente el culto que le viniera en gana. Mónica se aprovechaba de esta condición de su marido para hablarle al pequeño de las verdades eternas y de Dios Nuestro Señor que está en los cielos, según dice el mismo San Agustín en sus "**Confesiones**".

En cuanto tuvo edad para ello, aprendió en Tagaste las primeras letras, mostrando, ante el asombro de sus maestros, una inteligencia privilegiadísima y tal rapidez de comprensión en aquellos estudios elementales, que el padre, que gozaba de buena situación económica entonces, prometió no regatear ninguna clase de sacrificios para dar a su hijo una educación esmerada y brillante que le abriera las puertas del porvenir, para que figurara entre las gentes más distinguidas de su tiempo, a la vez que consiguiera riquezas y honores, lo que mucho deseaba.

Consecuente con este pensamiento, después de cursar en Tagaste la primera enseñanza, su padre lo envió a Madaura, una ciudad cercana que era algo así como la cabeza del partido judicial de la co-

marca. Allí aprendió lo que hoy llamaríamos segunda enseñanza. Gramática, poesía y retórica, principalmente, demostrando su excepcional aptitud para los estudios literarios, eficazmente ayudado por la viveza de su ingenio, una inteligencia clarísima y una memoria no menos feliz. En lo único que halló alguna dificultad en el Colegio de Madaura fue en el estudio de la lengua griega, idioma que se le hizo antipático sin saber por qué; pero, "en cambio, se aficionó a la lengua latina, siendo uno de sus mayores goces la lectura de sus poetas, cuyas composiciones le enternecían a veces al punto de hacerle derramar copioso llanto".

Su padre, Patricio, continuaba atento a que su hijo fuera una lumbrera de las letras humanas, no regateándole medios para que adquiriera una cultura vastísima y superior, estimulándole siempre para que en todas partes fuera el más distinguido y mejor de los estudiantes. Su madre, Mónica, se dedicaba a encaminar su alma juvenil por la senda de la salvación eterna, haciéndole pedir a Dios perdón de sus pecados siempre que cometía la más leve falta. El mismo San Agustín nos lo declara al decir en el libro citado: "Yo os confieso, Dios mío —dice—, todas estas cosas que me alababan aquellos a quienes yo deseaba agradar; y en esto juzgaba entonces que consistía la rectitud y honestidad de mi vida, porque no veía el abismo de fealdad que estaba sumergido, ni lo apartado que estaba de Vos. Pues, aun entre aquellas gentes, ¿qué cosa había más fea y corrompida que yo, que aun siendo ellos tales, los degradaba, engañando con innumerables mentiras a mi ayo, a mi maestro y a mis padres, por el amor al juego y por la afición a ver vanos espectáculos y a imitar con inquietud bulliciosa los juegos y habilidades que ellos ejecutaban? También hurtaba lo que podía de la despensa de casa y de la mesa de mis padres, ya por golosina, ya para darlas a otros muchachos que me proporcionaban el gusto de jugar conmigo, a pesar de que se divertían tanto como yo en el juego. En él comúnmente hacía trampas para quedar victorioso, siendo yo el verdadero vencido en aquel vano deseo de sobresalir y ser superior a todos. Y no había cosa que menos pudiera sufrir que el que me hiciesen las mismas trampas que les hacía a ellos, ni había cosa que más severamente reprendiese en los otros, cuando los cogía en alguna de ellas, y cuando a mí me cogían y me reprendían, antes me enfadaba y reñía con todos que ceder y darles la razón".

No es que el niño Agustín careciera de buenas cualidades, sino que se manifestaba tal y como es la naturaleza en la infancia si no se la corrige severamente. Los órganos de información religiosa que el niño Agustín tuvo en su primera edad fueron tres: los maestros de escuela, su madre y el elemento católico popular, mezclado con el cual había mucho hereje y mucho pagano. Esto en Tagaste, que después, en Madaura, al emprender la segunda enseñanza, los textos en que aprendió sus asignaturas literarias estaban todos impregnados de mitología, de cultos idolátricos y de prácticas obcenísimas, ya que reflejaban la vida de la Grecia y la Roma paganas. Conviene tener esto en cuenta para juzgar la juventud de San Agustín, después de la instrucción religiosa deficiente que recibió en su niñez. Claro es que su co-

razón era muy sensible a los afectos de la amistad y su inteligencia inclinada al estudio grande y constante; pero huía por instinto a todo lo que trascendiera a grosería y a ignorancia.

En esto cayó gravemente enfermo de una dolencia que lo puso al borde de la sepultura. Su padre trajo los mejores médicos que había en Numiria, y su madre no se apartaba de la cabecera de su lecho. Ambos le querían entrañablemente, cada uno a su manera, llevándole los consuelos materiales y espirituales que necesitaba. Agustín pidió a la futura Santa Mónica que le fuera administrado el Santo Sacramento del Bautismo, pero, como fuera mejorando y estuviera fuera de peligro, su buena madre juzgó prudente aplazarlo para más tarde. Esto debió producirle gran contrariedad al enfermo. Hay que considerar que los adolescentes no se bautizaban si no eran católicos muy probados, por el peligro de apostasía y de corrupción de costumbres reinante, y ya de adultos se bautizaban cuando daban certeza de que serían fieles a la religión abrazada. El retardar el bautismo de entonces era algo muy parecido a la prohibición de administrar lo que hoy en la actual doctrina católica a aquellos hijos de indios salvajes, por ejemplo, que han de vivir siempre alejados de la religión o de aquellos párvulos de familias impías o heréticas de quienes se sabe con certeza moral que han de impedir que sus hijos practiquen la religión verdadera.

La formación intelectual

Patricio, padre de Agustín, no cejaba en su empeño de que su hijo fuera una de las lumbreras de su tiempo y aun de los posteriores, dadas las relevantes cualidades con que el cielo le había adornado. Pagano y todo, Patricio se salió con la suya, y buena prueba es que el mundo conmemora aquella vida gloriosa del que fuera Obispo y Doctor de la Iglesia y fundador de la Orden Agustiniense dieciséis siglos después.

Los temores que determinaron a Santa Mónica a diferir el bautismo de su hijo no tardaron en realizarse. Convaleciente de su enfermedad, restablecido totalmente de ella y dando por sabido cuanto le podían enseñar en las aulas secundarias de Madaura, su padre determinó que hiciera el ingreso en la enseñanza superior, que tenía su sede en Cartago, donde a la sazón se encontraba lo que hoy pudiéramos llamar universidad y todas las demás escuelas especiales del África civilizada.

Para llevar a cabo tal determinación era necesario disponer en aquel tiempo de gran riqueza para los viajes, estancias y maestros, sin olvidar los criados que habrían de acompañar al estudiante con arreglo a su rango y posición social. Patricio vivía bien, pero debido a los altibajos de los negocios, aquél año no disponía del dinero suficiente y hubo que diferir doce meses más el viaje a Cartago, quedando entregado entre tanto el joven Agustín a la ociosidad más completa en el hogar paterno de Tagaste. La juventud, la ociosidad y las malas compañías le llevaron a cometer los mayores excesos, entregándose a la bebida con sus amigos y a los placeres de la carne. En Tagaste, el elemento cristiano era considerable, pues contaba la población con do-

ce iglesias pequeñas, entre las cuales sobresalía la devoción a San Cipriano; pero abundaban los paganos y los cismáticos partidarios de Donato. En Madaura había un Obispo, lo cual sabemos porque figura como miembro del Concilio celebrado en Cartago en el año 349. Pues bien, viviendo el niño Agustín entre paganos e indiferentes en materia religiosa unos cuatro años, ya que Madaura era casi toda ella pagana y herética, ¿qué quedaría en su alma de los escasos conocimientos dogmáticos que aprendiera en Tagaste?

Vivía a la sazón en Tagaste un caballero principal llamado Romaniano, al que tenían por bienecor de la ciudad y protector de las artes, el cual conoció las brillantes dotes intelectuales que adornaban al joven Agustín y determinó facilitarle los recursos pecuniarios de que su padre carecía por el momento para enviarlo a Cartago, apartándolo así de la senda viciosa emprendida al estar sin nada que hacer en Tagaste.

El padre del estudiante dió las gracias a Romaniano y lo dispusieron todo para su marcha a Cartago. Era el año 370 y Agustín acababa de cumplir los diecisiete de edad. Dispuesto todo para el viaje por la familia, abrazó a sus padres, y acompañado de dos criados llegó a la ciudad de sus más risueñas esperanzas, donde había de hallar el porvenir y los honores y glorias mundanas que su padre anhelaba.

"Ninguna ciudad, dice un biógrafo, podía ofrecer mayores peligros para un joven ardiente y fogoso como Agustín que la gran Cartago, centro, indudablemente, del saber humano, pero, a la vez, foco de las mayores corrupciones, que el paganismo allí imperante fomentaba con sus espectáculos licenciosos, y muy especialmente con las fiestas impuras con que se rendía culto a Astarté".

Se matriculó en la carrera del Foro, comenzando por la retórica, en cuanto hubo llegado a la capital africana; Cartago era una Babel de razas, costumbres e ideas. Agustín, en el fondo, era un místico, pero a la vez un dialéctico apasionado por las discusiones brillantes. Allí encontró un compendio viviente de las religiones y filosofías de su tiempo. En estos años de extenso estudio amasaré un caudal de ciencia y observaciones que sabrá utilizar en lo sucesivo. En santuarios y en escuelas, en plazas y calles pudo ver Agustín un desfile de adeptos a sistemas de todo género, de adictos a todas las supersticiones, de devotos a todos los cultos. En Cartago habían penetrado muchas herejías de Oriente, y el catolicismo ortodoxo estaba en situación muy crítica.

El hijo de Santa Mónica empezó, pues, sus estudios de retórica, que era una especie de bachillerato superior, puesto que comprendía gran parte de las ciencias y de la filosofía. La lengua general hablada, tanto en Tagaste como en Madaura y Cartago, era la latina. Agustín hablaba, además, la lengua púnica, que fue la doméstica o familiar que aprendió al nacer, pero que por la escasa influencia que en su formación escolar ejerciera, no merece tenerse en cuenta al tratar de su formación intelectual. También dominó el griego, más o menos correctamente, a pesar de la poca simpatía que por este idioma sintiera. Por esta razón se puede hablar, sin ninguna duda, del helénismo de San Agustín y de su conocimiento de los poetas paganos.

En Cartago dió Agustín satisfacción a su pasión por el estudio y a su anhelo en torno a los placeres carnales. Jamás el vicio le apartó de su asistencia a las aulas, donde muy pronto sobresalió entre todos sus condiscípulos, por su elocuencia y por la solidez de sus argumentaciones.

Influido por malas compañías, se engolfó en las placeres mundanos, pero sin descuidar el cultivo constante de su espíritu y sus grandes estudios de lengua latina, por lo que resultó más versado en literatura romana que en griega. Cicerón fue su principal modelo, y se deleitaba leyendo el **Hortensio**, un diálogo en que figura cierto orador así llamado que critica con severidad a los filósofos griegos, contradiciendo al interlocutor que los enaltece **victoriosamente**. Aquí Cicerón limita en la forma a los de Platón y pide a la sabiduría el consuelo de las penas que entristecen el ocaso de la vida. Un autor nos dirá que “esta lectura hizo conocer al joven Agustín la superioridad de los estudios filosóficos sobre los efímeros triunfos de la oratoria y, mudadas de este modo sus aficiones, pidió a Dios que le concediera el don de la sabiduría, no la de una u otra escuela filosófica, sino tal cual es en sí misma, para buscarla y abrazarla con ardor”.

Estudiante de poca edad y sin libros, ¿por dónde principiaría a estudiar esas escuelas apenas apuntadas en el **Hortensio**? Ya tenemos al estudiante de retórica metido a filósofo y moralista, según confiesa el mismo San Agustín al poco tiempo de ser bautizado: “Desde los comienzos de la adolescencia me inflamé en grande amor de la verdad”. En otra parte afirma: “Determiné dedicarme a la lección de las Sagradas Escrituras para conocerlas. Y comprendí, desde luego, que eran una cosa que no la entendían los soberbios, y era superior a la capacidad de los muchachos; que era humilde en el estilo, sublime en la doctrina y cubierta, por lo común, y llena de misterios; y yo entonces no era tal que entrar en ella ni bajar mi cerviz para acomodarme a su narración y estilo; me pareció que no merecía compararse la Escritura con la dignidad y excelencia de los escritos de Cicerón. Porque mi hinchazón y vanidad rehusaban acomodarse a la sencillez de aquel estilo y, por otra parte, no alcanzaba mi perspicacia a penetrar lo que interiormente contenía. Yo me desdenaba de ser pequeño y me tenía por grande, siendo solamente hinchado”.

Este orgullo insensato le privó de obtener todo el fruto que se puede lograr de la lectura de las Sagradas Escrituras con espíritu humilde, porque a la sazón no tenía de cristiano Agustín sino aquella semilla enterrada en el corazón, aunque su virtud era tan grande que impidió que le robaran enteramente su catolicidad ninguno de los escritos que tenía por eruditos, elegantes y verídicos, si no contenían el nombre de Jesucristo. Indudablemente, el **Hortensio** fue la estrella radiante que le condujo en Cartago al puesto de la fe.

Abundaba en Cartago la secta de los maniqueos, así como la de los donatitas y pelagianos. Los maniqueos no admitían más que la materia y lo mismo el principio del bien que el del mal, sostenían que eran una sustancia extensa que no se diferenciaba del resto material sino en ser más útil. Y como el error que obscurecía el entendimiento del estudiante Agustín era muy semejante al de los mani-

queos, de aquí que no tuviera inconveniente en aceptarlos. Tal herejía la fundó Manes, sosteniendo que el alma racional podía ser rescatada por el evangelio del dominio del alma sensitiva, declinando todas las responsabilidades de la culpa sobre el principio del mal y no sobre el hombre que la cometía. Santa Mónica casi enfermó de pena al saber que su hijo había caído en los errores del maniqueísmo, escribiéndole cartas amargas en las que le decía que no contara con que tenía tal madre de persistir en su error, y que más le valía haber muerto que no perecer extraviados en tan pestilentes herejías. Agustín, por su parte, nos dirá: "Estaba yo en la creencia de que no somos nosotros los que pecamos, sino que otra, no sé cual, naturaleza pecaba en nosotros, y se deleitaba mi soberbia imaginándome libre de toda culpa; y cuando hacía algo malo, en vez de confesar que era yo quien lo había hecho, le echaba la culpa a no sé qué otra cosa que estaba conmigo, pero que no era yo". Así halló Agustín en la doctrina de los maniqueos el medio de aquietar sus remordimientos, ya que dicha doctrina admitía dos dioses eternos: el uno, principio del bien, habitaba en la mansión de la luz; el otro, principio del mal, presidía la mansión de las tinieblas. Creado el mundo por el principio del bien, el principio del mal introdujo en él el desorden, quedando desde entonces todas las criaturas selladas con la doble señal de las dos potestades enemigas y con dos almas opuestas: el alma racional, procedente del principio del bien, y el alma sensitiva, emanada del principio del mal.

Pronto se cansó de aquella secta, dudando de la verdad de la doctrina maniquea, permaneciendo unido en lo externo, aunque en su interior no le convencieran los artificiosos argumentos de los discípulos de Manes. Su madre seguía predicándole desde lejos, y el hijo, que la amaba tanto, empezó a sentir en su alma el remordimiento, cansándose de tantos placeres culpables.

Habiendo terminado sus estudios superiores en Cartago, abandonó la capital africana y se volvió a su país natal, dedicándose a la enseñanza de la retórica y de la gramática. Le llovieron los alumnos, atraídos por la fama de su saber y de su talento, distinguiéndose algunos de ellos, como Honorato, Alipio y Licencio, cuyos nombres la historia ha recogido. Entre los estudiantes y su joven profesor hubo una gran compenetración. Murió uno de estos muchachos y el suceso produjo en el ánimo de Agustín impresión tan profunda que el recuerdo del muerto fue imperecedero, causándole un desconsuelo tan grande que nada ni nadie podía mitigar.

Cansado de la vida sedentaria de provincias, luchando en su conciencia las más encontradas doctrinas filosóficas, abandonado de la madre, que nada quería saber —aun destrozándosele el alma— del hijo hereje mientras no volviese a la senda de la verdad y del catolicismo, el joven profesor Agustín emprende por segunda vez su marcha a Cartago, donde abrió una Cátedra de Elocuencia, que se vió en seguida frecuentada por los más brillantes estudiantes, que de todas partes acudían a la capital africana. Le siguieron desde Tagaste sus discípulos Licencio, hijo de Romaniano, su protector; Eulogio, Honorato, Nebridio y Alipio. Este último llegó a ocupar en el corazón del profesor un lugar preferente.

Santa Mónica, en tanto, no permanecía ociosa y visitó al Obispo de Madaura para que entablara amistad con su hijo descarriado; pero el prelado juzgó prematuro aquel paso, por entender que el joven profesor no era todavía capaz de admitir otra doctrina que la que profesaba, diciéndole a la madre atribulada:

—Dejadle por ahora en su error y rogad a Dios por él, que él mismo, continuando sus estudios y sus lecturas, conocerá el error y la impiedad.

El viaje a Italia, y su conversión

Enfriado su entusiasmo por la doctrina maniquea, decide trasladarse a Italia, poniendo rumbo a Roma, ya sin deseos de mayores medros ni ambiciones de gloria. Llegó y cayó enfermo gravemente, adquiriendo unas calenturas perniciosas que le pusieron en trance de muerte. Pero ni en tal situación quiso recibir el santo sacramento del bautismo. Había hecho el viaje ocultamente, para que no se opusieran a su marcha sus padres y su protector Romaniano. Embarcó secretamente en las playas de Cartago, y la madre quedó afligidísima, pidiéndole a Dios la conversión de aquel hijo extraviado, con súplicas y llanto.

Una vez que sanó Agustín de su enfermedad, abrió escuela en Roma con los discípulos que había llevado de Cartago, a los cuales se juntaron muchos más del vasto imperio romano. Llevaba una vida más tranquila en Roma, pero los estudiantes tenían la mala condición de no pagarle al maestro, y cuando los reconvenía por ello abandonaban el aula y se iban a estudiar con otro.

Así las cosas, solicitó y obtuvo la plaza de maestro de retórica en Milán, para cuya ciudad salió en cuanto hubo cumplido los trámites correspondientes.

Llegó a ocupar la Cátedra de Retórica y lo primero que hizo fue visitar a San Ambrosio, que era obispo de la ciudad, según el mismo narra: "Llegué, pues, a Milán y fuí a ver al Obispo Ambrosio, fiel siervo vuestro, varón celebrado y distinguido entre los mejores del mundo: quien en sus pláticas y sermones ministraba entonces diestra y cuidadosamente a vuestro pueblo vuestra doctrina. Pero Vos érais quien me conducías y quien me llevabais a él..." Le recibió con agrado paternal San Ambrosio, tratándolo con amor y caridad al ver la confusión moral en que se hallaba. El joven profesor, satisfecho de tal acogida, empezó a contarle sus pecados y sus conflictos intelectuales al obispo. San Ambrosio era un gran señor además de santo, había sido gobernador de Liguria y consejero de emperadores.

Pasaron los meses, y el joven profesor buscaba en la filosofía de Platón la verdad que se le escapaba a sus investigaciones, y guiado por San Ambrosio conoció también que la idea que se había formado de Dios, basada en el sistema de los maniqueos, estaba llena de contradicciones. Conoció igualmente que la naturaleza divina excluye también la forma material y vió claramente el error que implica afirmar que existe un principio independiente de Dios disputándole el imperio del mundo. Es decir, que el hasta entonces hinchado profesor de retórica, un tanto pretencioso como flamante intelectual, empezó a desengañarse de las falsas doctrinas del maniqueísmo, preparándose con

la filosofía platónica y las conversaciones con San Ambrosio para ser cristiano de corazón.

El primer impulso del cartaginés de Tagaste fue abstraerse del tumulto del mundo, según él mismo confiesa en sus obras. El Obispo de Milán lo supo conducir con mano hábil por los extraordinarios caminos de su conversión, sirviéndose el santo del insaciable deseo de saber del africano. Este iba percibiendo cada vez más claramente la luz de las verdades eternas, viendo cuanto había estudiado y el mundo más claro y mejor. Ya no le parecían tan fundamentales para vivir los goces de la carne y de la mesa, así como los honores y las riquezas que desde niño su padre Patricio le enseñara a desear.

Empezó a pensar, no obstante, en que debía solicitar un empleo digno y bien retribuido, para casarse luego con una mujer honesta y rica, adquiriendo así su casa la doble respetabilidad que dan al hombre el saber y una buena posición económica. En esto estaba de acuerdo con el pensamiento de su madre Santa Mónica, que se había trasladado a Milán llevada de su cariño maternal y del firme propósito que hiciera de rescatar a su hijo del camino del vicio y la herejía, para atraerle al de la ortodoxia y el de la virtud. La madre de Agustín se puso de acuerdo con San Ambrosio para que le ayudara en sus propósitos, y ambos lograron que se inclinara hacia la santa coyunda del matrimonio, mas indicándole que era indispensable que "antes rompiera el lazo ilegítimo que lo tenía encadenado desde hacía tanto tiempo". Era que el joven tagastino vivía hacía muchos años con una mujer que los tratadistas denominan "la madre de Adeodato", con la cual vivía, si no en concubinato público, sí al menos sin otras bases que el amor de un matrimonio natural. Esta mujer era madre de uno de los discípulos del retórico de Cartago. Dadas sus ideas maniqueístas entonces, la inmoralidad de las costumbres de aquellos tiempos y la influencia del derecho romano, que admitía la legalidad de estas uniones, la cosa carecía de importancia. Llevaba viviendo con ella catorce años, sin escándalo público y siendo cumplidor exacto de su palabra empeñada.

Se separaron, porque, como el mismo San Agustín dice, querían primero casarlo y después bautizarlo. Aquella mujer partió desde Milán para Cartago, dejando en compañía de Agustín un hijo natural de ambos.

Antes de casarse cayó el joven profesor en nuevos deleites carnales con otras mujeres, ya que se creía incapaz de vivir célibe y le faltaban dos años para matrimoniar. Vivía ahora Agustín en Milán con su madre, su hijo y varios amigos, entre los que se encontraban sus discípulos Licencio, Nebridio y Alipio. Un día fue a verle un caballero cristiano que Ponciano tenía por nombre, quien le habló de las epístolas de San Pablo y de los anacoretas de la Tebaida, pues los cartagineses no habían oído hablar jamás de San Antonio ni de sus compañeros que poblaban las soledades del yermo. Esta conversación parece que fue decisiva en el ánimo del joven retórico, quien empezó a comentar con su amigo Alipio todo aquello que habían oído. Estaban sentados en el jardín y debajo de una gran higuera cuando oyó una voz que, sin duda, venía del cielo y decía "toma y lee, toma y lee".

Agustín tomó las epístolas de San Pablo que tenía a su lado y leyó: "No en banquetes y embriagueses, no en vicios y desonestidades, no en contiendas y emulaciones, sino revestidos de Nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo". No fue menester más, según dice el Santo en sus **Confesiones**: "No quise seguir más adelante, porque luego que acabé de leer esta sentencia, como si se me hubiera infundido un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente las tinieblas de mis dudas".

Decidido a hacerse cristiano, corrió a la habitación de su madre y le dió cuenta de su transformación con lágrimas en los ojos. Santa Mónica no cesaba de bendecir y de dar gracias a Dios, que acababa de abrir los ojos de su hijo a la luz de la verdad.

Renunció a su cátedra maniquea, porque ya no quería seguir enseñando mentiras, aduciendo que estaba enfermo del pecho para no disgustar a los que se la habían proporcionado ni a los discípulos que asistían a sus clases. Entonces, para recuperar la salud, se retiró a vivir a una casa de campo en las inmediaciones de Milán, hallando en ella soledad y reposo; le acompañaron su madre Mónica, su hermano Navicio y su hijo Adeodato, unos primos que tenía en Italia y sus amigos de siempre, Alipio y Licencio, en primer lugar. Allí, en la soledad y reposo de los campos, empezó a instruirse en las verdades divinas y a prepararse para el bautismo. Vivían en apacible tribu familiar y daban grandes paseos al caer de la tarde por los alrededores de la quinta. Santa Mónica era una mujer culta y de talento excepcional, por lo cual discutía las opiniones planteadas por los diversos miembros de la familia a la hora del yantar.

Por fin, el día de la Pascua del año 387, exactamente el día 25 de abril, San Ambrosio, Obispo de Milán, suministró el bautismo a todos los neófitos de la casa. Tenía entonces el futuro San Agustín treinta y tres años. Tres veces hundió en la sagrada fuente del bautismo el rostro brillante de fe diciendo la primera: **Creo en Dios Padre**; la segunda: **Creo en Dios Hijo**, y la tercera: **Creo en Dios Espíritu Santo**. Después, el Santo Obispo de Milán lo bautizó y bendijo.

Una vez bautizado dispuso su regreso al Africa, ganoso de misionar la doctrina de Cristo en tierras de Cartago y de espiar sus pasadas culpas con todo género de mortificaciones. Se trasladaron desde Milán a Ostia, donde su santa madre cayó gravemente enferma, entregando en breves días su alma al Creador. Los hijos y el nieto dieron sepultura a los amados restos de Santa Mónica, y transidos de pena, de dolor y de luto continuaron a bordo de un bajel su travesía hasta las costas africanas, tras de una breve estancia en Roma. Era el año 388, y el profesor Agustín procuró en Cartago volver al camino de la fe a muchos jóvenes herejes a quien en otro tiempo arrastró con sus prédicas.

Por último llegó a Tagaste, acompañado de su hijo Adeodato, que murió poco después, y después de haber vendido todo cuanto poseía, repartiendo su importe a los pobres, excepto una pequeña cantidad que se reservó para sus necesidades más perentorias, se retiró con sus amigos Alipio y Evodio a una casa de campo cercana a su villa natal, ejercitando el ayuno, la penitencia y la santa meditación. Allí

escribió los libros titulados **De las costumbres de la Iglesia católica y De las costumbres de los maniqueos, Libro del maestro, Comentario del Génesis y Tratado de la verdadera religión**, obra ésta con la que convirtió a su protector Romaniano al catolicismo, pagándole así los beneficios que generosamente había recibido.

Sacerdote

Su santa vida y su gran virtud, junto con su sabiduría, se extendieron pronto por todo el Africa civilizada, acudiendo gente de las más remotas regiones a verlo, deseosos de oír de sus labios la palabra de Dios. Pero el huía de las grandezas y alabanzas humanas, alejándose de las ciudades, viviendo en los campos, con recogimiento y austeridad.

Al llegar a Hipona (que estaba situada donde hoy Bona, ciudad argelina, perteneciente al Departamento de Constantina, en las costas de un ancho golfo al que da su nombre) para tratar de aconsejar a un caballero pagano que quería convertirse al catolicismo, salió a su encuentro el Obispo Valerio, griego virtuosísimo, el cual hizo ordenarse de presbítero en su diócesis. Agustín se excusaba, no creyéndose con méritos suficientes para ello, pero la multitud enervada, rodeando a su prelado, le forzaron a consentir en tan noble elección. Ordenado presbítero, comenzó a juntar otros compañeros de religión y a vivir santamente, predicando la verdadera fe por toda la región. El Obispo Valerio le donó unas tierras y unos huertos, donde San Agustín edificó un monasterio para la práctica de las perfecciones evangélicas, viviendo en comunidad y consagrados aquellos santos varones enteramente a Dios. Fue el primer convento de monjes que se fundó en Africa. Aquello era tan insólito en Cartago que los herejes donatistas y de otras sectas empezaron a murmurar de él y de la para ellos extraña vida de comunidad. Sin embargo, ya existían innumerables monasterios en Egipto, en Palestina, en otras partes del Oriente, en Roma, en Milán, etc., y San Agustín, al contemplar en estos últimos la santidad con que en ellos se vivía, la trasplantó al Africa, fundando así la Orden que lleva su nombre.

Cuatro años fue presbítero, y en el año 399 el Obispo Valerio le rogó que predicara a los infieles la palabra de Dios, aunque el futuro santo se excusaba con humildad, alegando que San Jerónimo decía que estando presente el Obispo en las iglesias no debía predicar ningún sacerdote. San Valerio le replicó sonriendo que el era griego de nacimiento y no dominaba con elocuencia la lengua latina, por lo que deseaba que el sacerdote de Tagaste supliese estas faltas para bien del rebaño que apacentaba. Para vencer la resistencia del presbítero, su prelado le ordenó que predicase en su presencia y no tuvo más remedio que obedecer. Así lo hizo, y fueron tan maravillosos sus sermones, que el Cardenal Primado de Cartago introdujo en su iglesia el uso de predicar los presbíteros ante sus obispos, cosa que antes no hacían. No vamos a descubrir la elocuencia maravillosa de San Agustín; torrente de saber y de vigor doctrinal, arrastraba a cuantos le oían, por muy alejados que estuvieran de la verdadera fe. Los hacía

llorar, convertirse y abandonar sus perversas costumbres, acomodando sus sermones a la capacidad intelectual de sus oyentes.

Fueron pasando los años, y San Valerio envejecía lleno de achaques. Temeroso de dejar a su grey sin pastor pensó en el hijo de Santa Mónica para que le sustituyese; mas temiendo que se lo quitaran para otra diócesis, alcanzó del Cardenal Primado de Cartago que se lo diese como coadjutor durante su vida y por sucesor después de su muerte. Le repugnaban a San Agustín las altas dignidades, aun dentro de los cargos eclesiásticos, y sintió herida su humildad con la decisión de su prelado, pero no tuvo más remedio que obedecer y someterse.

Obispo de Hipona

A la muerte de San Valerio fue nombrado Agustín Obispo de Hipona, recibiendo la consagración de manos de Magalio, obispo calaniense y Primado de Numidia. Su primera providencia fue fundar un monasterio de clérigos, donde vivieron en comunidad y siendo modelo de todas las virtudes. Algún tiempo después fundó un monasterio de religiosas y les dió reglas semejantes a las que había dado a los monjes y a los clérigos. Luego extremó su celo en reformar la disciplina eclesiástica, poniéndose de acuerdo con Aurelio, Obispo de Cartago, para que, como Primado de las iglesias de Africa, fuera desarraigando de ellas toda clase de abusos, prohibiendo comer y beber en los templos, lo mismo que sobre las sepulturas de los mártires en los días de fiesta. Así se acordó en el Concilio III de Cartago. Quitando otros muchos vicios que habían quedado como residuos gentiles en las prácticas cristianas.

Empezó una lucha sin cuarten contra los maniqueos, los donatistas y los pelagianos, que infectaban con sus falsas doctrinas todo el norte de Africa. En sus disputas teológicas, entonces muy usadas, San Agustín derrotaba a los capitostes de las distintas sectas heréticas, con lo que cada día la Iglesia católica engrosaba sus prosélitos, apartándose las multitudes de donatistas y maniqueos. Los herejes no se daban por vencidos y odiaban al Obispo de Hipona, y trataron de acabar con su vida por todos los medios. San Agustín no se arredra- ba por ello y seguía predicando con fe y con unción a los catecúme- nos. Hubo legiones de mártires, especialmente a manos de una secta llamada de los cincunceliones, que hacían gala hipócrita de fanatismo sanguinario, juramentándose para matar a cuanto católico hubiera a las manos. Llegaba a tanto la ferocidad de estas gentes imbuidas de un error infernal, que sus partidarios se despeñaban desde las monta- ñas, arrojándose a los obispos, igual al fuego que al agua, pensando que de este modo hacían un sacrificio agradable a los ojos de Dios. Con semejantes fieras tuvo que pelear San Agustín y los venció, convirtiéndolo a la verdadera fe a innumerables herejes.

La más brillante batalla que ganó por entonces San Agustín contra la herejía que imperaba en Africa fue la controversia general que sostuvo en Cartago, por mandato del Emperador Honorio y ante el tribuno Marcelino como delegado imperial, con ciento cincuenta y nueve obispos donatistas (cuando empezó a predicar San Agustín en

Cartago había cuatrocientos) y a la cual asistieron también doscientos ochenta y seis obispos católicos, que capitaneaba el Prelado de Hipona. La verdad triunfó de la mentira en gloriosa victoria. Sus triunfos sobre los arrianos y la rama de Pelagio también fueron notables entre alanos, suevos y godos, que desde Europa pasaron al Africa.

Con sus escritos y con su palabra, San Agustín pulverizaba los equivocados argumentos de sus enemigos, que lo eran únicamente suyos por serlo de Dios y de las verdades divinas. Dos concilios se celebraron en Africa para arrancar tan mala semilla: uno el Cartaginense y otro el Milevitano, estando en ambos encargado San Agustín de aclarar todas las dudas con su magistral sabiduría.

En España se había organizado y extendido por entonces la secta de los priscilianistas, que no admitían trinidad de personas en Dios, negaban que Jesucristo fuese Hijo del Eterno Padre, entre otras enormidades análogas. San Agustín refutó los errores de Prisciliano en un libro titulado **A Orosio, contra los priscilianistas y origenistas**. San Agustín brilló como antorcha luminosa, con todos los resplandores de la sabiduría y de la virtud. Nos dejó ejemplos de humildad tan noblemente sincera, como los que se pueden ver en sus obras **Retractaciones** y **Confesiones**. San Agustín fue un modelo de amor a Dios, devotísimo de la Santísima Virgen, celoso de la gloria divina y de la salvación de las almas. De ello podrá convencerse quien lea sus libros titulados **Meditaciones** y **Soliloquios**. Como escritor sagrado no tiene parangón, pues Dios le había dotado de un talento profundo y de una imaginación prodigiosa, por cuyos vuelos se le conoce como el "Águila de Hipona". Escribió numerosos libros, tratados y cartas de teología y filosofía, que son un monumento al saber de todos los tiempos. Entre sus obras maestras figuran el **Tratado de la vida feliz**, **El libro del Orden**, **El libro de la Providencia**, **Los soliloquios**, **el Libro del Maestro**, **Contra los académicos**, **el Libro de la música**, **Del alma y de su origen**, **Tratado de la inmortalidad del alma**, las **Confesiones** y numerosas más ya citadas que le han conquistado el nombre de Doctor de la Gracia, especialmente por esas incomparables obras maestras que son las **Confesiones** y la **Ciudad de Dios**, que consta de veintidós libros. Toda la teología se desarrolla en esta gran epopeya de la humanidad.

La muerte

Sus últimas luchas fueron contra los vándalos arrianos que trataron de apoderarse de Africa, obrando al final de su vida algunos milagros que relata el testigo ocular San Posidio. Las numerosas privaciones a que se sometía voluntariamente, viviendo con la austeridad de un anacoreta, y las fatigas propias de su celo inagotable, le hicieron enfermar gravemente a los setenta y seis años de edad, después de más de cuarenta de sacerdocio, rodeado de las oraciones y de las lágrimas del país cartaginés, que él había logrado convertir totalmente al catolicismo, murió santamente Agustín, Obispo de Hipona, a 28 de agosto del año 430, dejando tras de sí una estela de clérigos sapientísimos y virtuosos, de monjes y religiosas que poblaban los monasterios africanos que en vida fundara.

José Sanz y Díaz

El cuerpo de San Agustín fue enterrado en la iglesia de San Esteban, y ante el temor de que fueran destruidos sus restos por el fanatismo de los vándalos en sus correrías africanas, se trasladaron piadosamente por San Fulgencio a la isla de Cerdeña, permaneciendo dos siglos y cuarto en la iglesia de San Saturnino, de Cagliari, donde aún se conserva su sepulcro. Después se trasladaron a la iglesia de San Pedro, de Pavía, donde actualmente se veneran.